

**SUJETS ENS/TRONC COMMUN
ORAUX ESPAGNOL**

SESSION 2024

Gersende Camenen et Philippe Rabaté

5 Cuando recibí el telegrama comunicándome la muerte del pobre Augusto, y supe luego las circunstancias todas de ella, me quedé pensando en si hice o no bien en decirle lo que le dije la tarde aquella en que vino a visitarme y consultar conmigo su propósito de suicidarse. Y hasta me arrepentí de haberle matado. Llegué a pensar que tenía él razón y que debí haberle dejado salirse con la suya, suicidándose. Y se me ocurrió si le resucitaría.

«Sí –me dije–, voy a resucitarle y que haga luego lo que se le antoje, que se suicide si es así su capricho.»

Y con esta idea de resucitarle me quedé dormido.

10 A poco de haberme dormido se me apareció Augusto en sueños. Estaba blanco, con la blancura de una nube, y sus contornos iluminados como por un sol poniente. Me miró fijamente y me dijo:

–¡Aquí estoy otra vez!

–¿A qué vienes? –le dije.

–A despedirme de usted, don Miguel, a despedirme de usted hasta la eternidad y a mandarle, así, a mandarle, no a rogarle, a mandarle que escriba usted la nivola de mis aventuras...

15 –¡Está ya escrita!

–Lo sé, todo está escrito. Y vengo también a decirle que eso que usted ha pensado de resucitarme para que luego me quite yo a mí mismo la vida es un disparate, más aún, es una imposibilidad...

–¿Imposibilidad? –le dije yo; por supuesto, todo esto en sueños.

–¡Sí, una imposibilidad! Aquella tarde en que nos vimos y hablamos en el despacho de usted, 20 ¿recuerda?, estando usted despierto y no como ahora, dormido y soñando, le dije a usted que nosotros, los entes de ficción, según usted, tenemos nuestra lógica y que no sirve que quien nos finge pretenda hacer de nosotros lo que le dé la gana, ¿recuerda? –Sí que lo recuerdo.

–Y ahora de seguro que, aunque tan español, no tendrá usted real gana de nada, ¿verdad, don Miguel?

–No, no siento gana de nada.

25 –No, el que duerme y sueña no tiene reales ganas de nada. Y usted y sus compatriotas duermen y sueñan, y sueñan que tienen ganas, pero no las tienen de veras.

–Da gracias a que estoy durmiendo –le dije–, que si no... –Es igual. Y respecto a eso de resucitarme he de decirle que no le es hacadero, que no lo puede aunque lo quiera o aunque sueñe que lo quiere...

–Pero ¡hombre!

30 –Sí, a un ente de ficción, como a uno de carne y hueso, a lo que llama usted hombre de carne y hueso y no de ficción de carne y de ficción de hueso, puede uno engendrarlo y lo puede matar; pero una vez que lo mató no puede, ¡no!, no puede resucitarlo. Hacer un hombre mortal y carnal, de carne y hueso, que respire aire, es cosa fácil, muy fácil, demasiado fácil por desgracia... matar a un hombre mortal y carnal, de carne y hueso, que respire aire, es cosa fácil, muy fácil, demasiado fácil por desgracia... pero ¿resucitarlo?, ¿resucitarlo es imposible!

35 –¡En efecto –le dije–, es imposible!

–Pues lo mismo –me contestó–, exactamente lo mismo sucede con eso que usted llama entes de ficción; es fácil darnos ser, acaso demasiado fácil, y es fácil, facilísimo, matarnos, acaso demasíadamente demasiado fácil, pero ¿resucitamos?, no hay quien haya resucitado de veras a un ente de ficción que de veras se hubiese

40 muerto. ¿Cree usted posible resucitar a don Quijote? –me preguntó. –¡Imposible! –contesté.

–Pues en el mismo caso estamos todos los demás entes de ficción.

–¿Y si te vuelvo a soñar?

–No se sueña dos veces el mismo sueño. Ese que usted vuelva a soñar y crea soy yo será otro. Y ahora, ahora que está usted dormido y soñando y que reconoce usted estarlo y que yo soy un sueño y reconozco serlo,

45 ahora vuelvo a decirle a usted lo que tanto le excitó cuando la otra vez se lo dije: mire usted, mi querido don Miguel, no vaya a ser que sea usted el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo ni muerto... no vaya a ser que no pase usted de un pretexto para que mi historia, y otras historias como la mía, corran por el mundo. Y luego, cuando usted se muera del todo, llevemos su alma nosotros. No, no, no se altere usted, que aunque dormido y soñando aún vivo. ¡Y ahora, adiós! Y se dispó en la niebla negra.

50

Miguel de Unamuno, *Niebla* (1914)

VIEJO. ¿Qué pasa en la calle?

JOVEN. Ruido, ruido siempre, polvo, calor, malos olores. Me molesta que las cosas de la calle
5 entren en mi casa (*Un gemido largo se oye. Pausa.*) Juan, cierra la ventana. (*Un criado sutil que anda sobre las puntas de los pies cierra el ventanal.*)

VIEJO. Ella... es jovencita.

JOVEN. Muy jovencita. ¡Quince años!

VIEJO. No me gusta esa manera de expresar. Quince años que ha vivido ella, que son ella misma.
10 ¿Pero por qué no decir tiene quince nieves, quince aires, quince crepúsculos? ¿No se atreve usted a huir?, ¿a volar?, ¿a ensanchar su amor por todo el cielo?

JOVEN. (*Se sienta y se cubre la cara con las manos.*) ¡La quiero demasiado!

VIEJO. (*De pie y con energía.*) O bien decir tiene quince rosas, quince alas, quince granitos de arena. ¿No se atreve usted a concentrar, a hacer hiriente y pequeñito su amor dentro del pecho?

15 JOVEN. Usted quiere apartarme de ella. Pero ya conozco su procedimiento. Basta observar un rato sobre la palma de la mano un insecto vivo, o mirar al mar una tarde poniendo atención en la forma de cada ola, para que el rostro o la llaga que llevamos en el pecho se deshaga en burbujas. Pero es que yo estoy enamorado como ella lo está de mí y por eso puedo aguardar cinco años en espera de poder liarme de noche, con todo el mundo a oscuras, sus trenzas de luz alrededor de mi cuello.

20 VIEJO. Me permito recordarle que su novia... no tiene trenzas.

JOVEN. (*Irritado.*) Ya lo sé. Se las cortó sin mi permiso, naturalmente, y esto... (*con angustia.*) me cambia su imagen. (*Enérgico.*) Ya sé que no tiene trenzas. (*Casi furioso.*) ¿Por qué me lo ha recordado usted? (*Con tristeza.*) Pero en estos cinco años las volverá a tener.

VIEJO. (*Entusiasmado.*) Y más hermosas que nunca. Serán unas trenzas...

25 JOVEN. Son, son (*Con alegría.*)

VIEJO. Son unas trenzas con cuyo perfume se puede vivir sin necesidad de pan ni de agua.

JOVEN. (*Se levanta.*) ¡Pienso tanto!

VIEJO. ¡Sueña tanto!

JOVEN. ¿Cómo?

30 VIEJO. Piensa tanto que...

JOVEN. Que estoy en carne viva. Todo hacia dentro una quemadura.

VIEJO. Beba.

JOVEN. ¡Gracias! Si me pongo a pensar en la muchachita. En mi niña.

35 ¹_{SEP:}VIEJO. Diga usted mi novia. ¡Atrévase!

JOVEN. Novia... ya lo sabe usted; si digo novia la veo sin querer amortajada en un cielo sujeto por enormes trenzas de nieve. No, no es mi novia (*hace un gesto como si apartara a la imagen que quiere captarlo*) es mi niña, mi muchachita.

VIEJO. Siga, siga.

40 JOVEN. ¡Pues si yo me pongo a pensar en ella! La dibujo, la hago moverse blanca y viva, pero de repente ¿quién le cambia la nariz o le rompe los dientes o la convierte en otra llena de andrajos que va por mi pensamiento monstruosa como si estuviera mirándose en un espejo de feria?

Federico García Lorca, *Así que pasen cinco años* (1931)

ROMANCE DEL EMPLAZADO

Para Emilio Aladrén

¡Mi soledad sin descanso!

- Ojos chicos de mi cuerpo
y grandes de mi caballo,
no se cierran por la noche
5 ni miran al otro lado,
donde se aleja tranquilo
un sueño de trece barcos.
Sino que, limpios y duros
escuderos desvelados,
10 mis ojos miran un norte
de metales y peñascos,
donde mi cuerpo sin venas
consulta naipes helados.
- 15 Los densos bueyes del agua
embisten a los muchachos
que se bañan en las lunas
de sus cuernos ondulados.
Y los martillos cantaban
20 sobre los yunques sonámbulos
el insomnio del jinete
y el insomnio del caballo.
- El veinticinco de junio
25 le dijeron a el Amargo:
-Ya puedes cortar, si gustas,
las adelfas de tu patio.
Pinta una cruz en la puerta
y pon tu nombre debajo,
30 porque cicutas y ortigas
nacerán en tu costado
y agujas de cal mojada
te morderán los zapatos.
Será de noche, en lo oscuro,
35 por los montes imantados,
donde los bueyes del agua
beben los juncos soñando.
Pide luces y campanas.
Aprende a cruzar las manos
40 y gusta los aires fríos
de metales y peñascos.
Porque dentro de dos meses
yacerás amortajado.
- 45 Espadón de nebulosa
mueve en el aire Santiago.
Grave silencio, de espalda,
manaba el cielo combado.

50 El veinticinco de junio
abrió sus ojos Amargo,
y el veinticinco de agosto
se tendió para cerrarlos.
Hombres bajaban la calle
para ver al emplazado,
55 que fijaba sobre el muro
su soledad con descanso.
Y la sábana impecable,
de duro acento romano,
daba equilibrio a la muerte
60 con las rectas de sus paños.

Federico García Lorca, *Romancero gitano* (1927)

A la inmensa mayoría

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.

5

Así es, así fue. Salió una noche
echando espuma por los ojos, ebrio
de amor, huyendo sin saber adónde:
adonde el aire no apestase a muerto.

10

Tiendas de paz, brizados pabellones,
eran sus brazos, como llama al viento;
olas de sangre contra el pecho, enormes
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

15

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces
en vuelo horizontal cruzan el cielo;
horribles peces de metal recorren
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

20

Yo doy todos mis versos por un
hombre en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,
mi última voluntad. Bilbao, a once
de abril, cincuenta y tantos.

Blas de Otero, *Pido la paz y la palabra* (1954)

GEOGRAFÍA HUMANA

Mirad mi continente conteniendo
brazos, piernas y tronco inmesurado,
pequeños son mis pies, chicas mis manos,
hondos mis ojos, bastante bien mis senos.
5 Tengo un lago debajo de la frente,
a veces se desborda y por las cuencas,
donde se bañan las niñas de mis ojos,
cuando el llanto me llega hasta las piernas
y mis volcanes tiemblan en la danza.
10
Por el norte limito con la duda,
por el este limito con el otro,
por el oeste Corazón Abierto
y por el sur con tierra castellana.
15
Dentro del continente hay contenido,
los estados unidos de mi cuerpo,
el estado de pena por la noche,
el estado de risa por el alma
20 —estado de soltera todo el día—.

Al mediodía tengo terremotos
si el viento de una carta no me llega,
el fuego se enfurece y va y me arrasa
25 las cosechas de trigo de mi pecho.

El bosque de mis pelos mal peinados
se eriza cuando el río de la sangre
recorre el continente,
30 y por no haber pecado me perdona.

El mar que me rodea es muy variable,
se llama Mar Mayor o Mar de Gente
a veces me sacude los costados,
35 a veces me acaricia suavemente;
depende de las brisas o del tiempo,
del ciclo o del ciclón, tal vez depende,
el caso es que mi caso es ser la isla
llamada a sumergirse o sumergirse
40 en las aguas del océano humano
conocido por vulgo vulgarmente.

Acabo mi lección de geografía.

45 Mirad mi contenido continente.

Germán lee un folio manuscrito en el que hace anotaciones con rotulador rojo. Lo que lee, primero le da risa y luego le indigna. Pone un cero en el folio, lo deja en el montón de la derecha y coge otro del montón de la izquierda. Lee una frase, pone en el folio un gran cero y lo deja en el montón de la derecha. Coge otro folio. Está volviendo a enfadarse cuando llega Juana.

5 GERMÁN— ¿Qué? ¿Cómo ha ido?

JUANA— Podías haberme acompañado.

GERMÁN— No voy a misa desde los catorce años.

JUANA— No era una misa. Era un funeral.

10 GERMÁN— No pensé que fuera tan importante para ti. No era un pariente, ni un amigo. No irás a decirme que Bruno era un amigo.

JUANA— Por no estar sola. Por poder hablar con alguien. (*Silencio.*) Conocí a las mellizas. Son tal como Bruno las describía. ¿Me cambio y nos vamos al cine, a una divertida?

GERMÁN— No te cambies, estás muy guapa. Pero deja que acabe esto. Echa un vistazo, esto sí que es divertido. Vuelve a su lectura. Juana hojea el montón de la derecha.

15 JUANA— Cero. Tres. Cero. Hombre, ¡un cinco! Dos. Cero... ¿Tan malos son?

GERMÁN— (*Sin dejar de leer.*) Peores. El peor curso de mi vida.

JUANA— Eso ya lo dijiste el curso pasado. Y el anterior. *Germán pone un uno en el folio, se lo da a Juana y coge otro.*

20 GERMÁN— (*Lee.*) «El sábado vi la tele. El domingo estaba cansado y no hice nada». Punto final. Les di media hora. Dos frases. Cuarenta y ocho horas en la vida de un tío de diecisiete años. El sábado, tele; el domingo, nada. (*Pone un cero en el folio y se lo da a Juana; coge otro.*) No les he pedido que compongan una oda en endecasílabos. Les he pedido que me cuenten su fin de semana. Para ver si saben juntar dos frases. Y no, no saben. (*Lee.*) «Los domingos no me gustan. Los sábados si que me gustan pero este sábado mi padre no me dejó salir y me quitó el móvil». (*Pone en el folio un gran*

25 *cero y lo deja en el montón de la derecha.*) Intenté explicarles la noción de «punto de vista». Pero hablar a estos de punto de vista es como hablar a un chimpancé de la evolución de las especies. Les leo el comienzo de Moby Dick, se supone que saben de qué hablo, que han visto la película. Les explico que la historia la cuenta un marinero. Pregunto: «¿Y si la hubiera contado otro personaje, por ejemplo el capitán Ahab?». Me miran asustados, como si les hubiera planteado el enigma de la

30 esfinge. «Bueno, me vais a hacer una redacción contándome lo que habéis hecho este fin de semana. Tenéis media hora». Y me entregan esto. ¿Qué fatalidad me condujo a este trabajo? ¿Hay algo más triste que enseñar literatura en bachillerato? Elegí esta profesión pensando que viviría en contacto con los grandes libros. Sólo estoy en contacto con el horror. Y lo peor no es enfrentarse, día a día, con la ignorancia más atroz. Lo peor es imaginar el día de mañana. Esos chicos son el futuro. ¿Quién

35 puede conocerlos y no hundirse en la desesperación? Los catastrofistas pronostican la invasión de los bárbaros y yo digo: ya están aquí; los bárbaros ya están aquí, en nuestras aulas. (*Coge otro folio.*)

JUANA— No sabía si darles el pésame. Estaba por irme cuando se me acercó una de ellas, no sé cuál, son indistinguibles. Me dijo que mañana irán a la galería a hablar del futuro. «A hablar del futuro». ¿Me escuchas? (*Germán está absorto en lo que lee.*) ¿Pasa algo?

40 *Silencio.*

Juan Mayorga, *El chico de la última fila* (2006).

ABEL

Él no sabía nada. Era sencillo, dulce.
Vivía simplemente como vive la carne.

5 Viril de sabia nueva, erguía bajo el cielo
su vertical gozosa de rubio adolescente.

Oraba a un dios terrible y aplacaba su cólera
con tiernos recentales y rizadas ovejas.

10 Nada sabía. Un día, en brusca llamarada
ardió pálida envidia frente a sus ojos mansos
y se abatió iracunda sobre su pecho núbil.
Y él se encontró, de pronto, sin saber cómo, muerto.

15 Y se encontró, sin saber cómo, solo.
Con un áspero gusto de limo entre los labios
y un frío desamparo por los huesos y venas.

20 Porque nadie le dijo que estrenaba la muerte.
Que en la tierra profunda no encontraría al hombre.
Que habría de quedarse dócilmente en su sitio,
entregarse sin límites al oscuro silencio.

25 Porque nadie le dijo que las pardas raíces
se trenzarían ávidas a sus miembros helados
bebiendo de él sin prisa, agotándole el zumo.
Porque nadie le dijo que el romero crecía
agarrado a la piedra que pesaba en su vientre
y que el vivo carmín que adornaba la rosa
era más encendido a través de su sangre.

30 El nada comprendía. Tan sólo estaba muerto.

Ángela Figuera Aymerich, *Víspera de la vida* (1953).

Un inglés borracho al que encontramos no recuerdo dónde, y que nos acompañó durante varios días y quizá semanas enteras de aquella desenfadada locura ferroviaria, llegó a decir – tras muchas noches de poco dormir y en el curso de cualquiera sabe qué mortecina, nocturna e interminable conversación– que no éramos sino unos pobres *deterrent* tratando en vano de sobrevivir. Luego dijo que no comprendía nada; preguntaba que por qué seguíamos empeñados en viajar sin sentido (tal vez por eso nos seguía) y pedía que le explicáramos mejor lo que pensábamos hacer, que —por favor— se lo dijéramos de una vez y claramente, porque de otra forma nos abandonaría siempre a nuestra triste suerte.

Probablemente no le hicimos caso; no le contestamos nada, ni claro ni oscuro. A partir de una de aquellas noches se replegó en un espectacular e infantil silencio que sólo abandonaba para repetirnos —mil veces por noche- que sí, que ya sabía que había gente como nosotros, que nunca se había tropezado con ella, pero que de sobra sabía que existía; que con gente como nosotros (mezclaba un tono de fatal comprobación y un irresistible deseo de negarla) no se podía hacer nada. Me inclino a creer que durante unos días, o unas horas tan sólo, fuimos para él una especie de aturdida visión, de cuya inutilidad, de cuya falta de sentido y de apetito se resistía a convencerse. Nos dijo que era de cerca de Manchester (con la misma forzada pasión con que debía de echar pestes de Manchester en el comedor familiar) y que nosotros, en cambio —nunca lograré saber si aquello lo añadió en forma de interrogación o seguro de sí mismo—, que éramos sino unos pobres *deterrent* tratando en vano de sobrevivir, *trying to rise again*. Y agregó algo con un cierto rubor que le obligaba a dirigirse al cristal, empañándolo con su aliento, volviéndonos la espalda y simulando descifrar el letrero de una estación mientras dormitábamos, algo que nunca logré ni lograré entender cabalmente. Arrastraba los días buscando una definición; empezó a mezclar (de noche, por lo general, para continuar obstinado e infatigable repitiéndose a sí mismo durante las primeras horas de aquellas mañanas húmedas a través de la llanura del Holstein, un cielo de calidad irrompible, y, al norte de Flensburg, las vacas color leña por los suaves declives de Dinamarca) las generaciones perdidas, la juventud sin ideales, el fiasco de la edad y, sin duda, hasta los años de peregrinaje; pero nunca logró encontrarla. Cambiábamos de vagón; Vicente jamás le escuchaba; hacíamos noches sentados en las maletas en estaciones caóticas, nos desviábamos del camino; pero, a la postre, cuando ya creíamos que nos separaba de él media Europa, volvía a surgir rodeado de vapor, que se esfumaba para que apareciera su sonrisa infantil, sentado en el rincón del compartimento, apretándose contra el cristal y mirándome de soslayo (porque Vicente desaparecía en pos de la mujer), para repetirme, con esa terca arrogancia de la que sólo esa raza es capaz, aquella mezcla de reproches inconclusos con que trataba de definir toda la maldición de un destino pasado que se negaba a darse por tal.

Al fin logramos perderlo. Cuando nos decidimos a permanecer en una ciudad, que he olvidado, más de diez días, abandonando nuestra inspiración y dedicándonos a la fruta, desapareció.

Un día comprendimos que no volvería a visitarnos; debió despertarse una mañana con una repentina energía, dispuesto a no sufrir más. Se puso la bufanda y se largó sin despedirse, borracho de manzanas, tratando de disimularse a sí mismo la expresión pueril con que tantas veces nos quiso corregir y seducir, última pólvora que gastaba en honor a una oportunidad que se resistía a dar por perdida, porque con un poco más de experiencia y sangre fría habríamos logrado aprovechar nuestra común libertad con más fantasía y menos arrogancia. Un día se levantó, cansado de llorar y de seguirnos como un perro, y se fue.

Juan Benet, *Nunca llegarás a nada* (1961), *Cuentos completos*.

Una vez, siendo niño, estuve enfermo. Y después, cuando empezaba la nieve a derretirse, mi madre me prometió llevarme al campo.

Una fría mañana nos perdimos por una carretera que ascendía entre barrancos y se adentraba en la sierra. Parecía una ruta soñada.

5 Llegamos a un mundo distinto. O eso creí de aquel valle, de aquella aldea terrosa entre montañas. Y vivimos aquel tiempo en una casa que parecía desmoronarse; y para subir la escalera –oscura, retorcida, chillona– necesitaba apoyarme con las dos manos abiertas sobre los muros. Arriba había una luz cautivadora que mi anhelo infantil deseaba cuanto antes alcanzar.

10 Recuerdo el olor a heno y estiércol, las vacas negras y pavorosas, las crines amarillentas del caballo y el aliento espeso del establo entero. Recuerdo a una mujer oscura que daba de comer a las gallinas, llamándolas con un grito breve, apoyada en la puerta de madera: los granos querían esconderse en los surcos de su mano sucia. Y recuerdo allá fuera, bajo el sol, a la orilla de la acequia, a un niño medio desnudo golpeando con una piedra una lata vacía.

15 Pero todo esto, y el puente de la plaza, y el niño en el alero del tejado, y el jadeo del río, sólo son jirones zarandeados por el tiempo. Lo que aún vibra en mí, es aquella vida a través de los campos, bajo el cielo, sobre la tierra.

Una vez, entre las púas amarillas de un campo recién segado, encontré el cadáver de un gorrión medio devorado por las hormigas. Lo enterré y erigí sobre su tumba un monumento de chinitas blancas del arroyo. Mi madre parecía entonces tan niña como yo, y hasta cortaba de los
20 bordes del sendero grandes margaritas de tallos desiguales. A veces, corríamos uno al lado del otro, y su falda me golpeaba las piernas.

El frío del río nos obligaba a volver a casa, con su concierto de grillos, y las flores mustias resbalaban una a una hasta el polvo del camino. Se quedaban allí, quietas y olvidadas, bajo los ojos cándidos de las estrellas. Nunca nos sorprendió la luna en el campo. Nunca hasta
25 aquel día en que mi madre me llevo a casa de los Abel. Estos vivían lejos del pueblo, carretera adelante, al otro lado del río. Eran parientes nuestros, y aunque mi madre les visitó alguna vez, nunca me había llevado allí.

—Conocerás muchos niños –dijo, peinándose con fijador de color de caramelo—. Procura ser valiente.

30 Porque yo era enfermizo y tímido.

La casa se alzaba en un lugar solitario y sombrío, al pie de las altas montañas, allí donde las rocas se desgarran en un barranco violento y torturado. Era cuadrada, maciza, de ventanas uniformes que al sol de la tarde brillaban como llamaradas. En el jardín, de tonos turbios, crecía la maleza en un desorden de plantas y enredaderas. Y una verja de hierro lo separaba del gran
35 prado de altas hierbas, del huerto de árboles nudosos, del bosquecillo de chopos. Aquél era el reino de los Abel, su húmedo reino bajo las rocas. Cercaba la finca una tosca pared de grandes piedras que se hundía y se derrumbaba a trechos, y por la parte que lindaba con el bosque, las crecidas del río la convirtieron en montones de piedras musgosas, que nadie se ocupaba de reedificar.

40

Ana María Matute (1925-2014), *Los Abel* (1947)

El loro antillano

Doña Frasquita acababa de cumplir los sesenta y dos. Era pomposa, rubiales, dada a las novelas radiofónicas y tenía un corazón caritativo y tiernucho. Se pintaba llamativamente, asistía a los estrenos de teatro para aplaudir como una loca, y conservaba las buenas maneras en la mesa y en el juego del julepe con sus amigas. Jugaban fuerte y apasionadamente, pero solo las tardes de los sábados y las de los domingos. El estanco le daba su dinerillo y no tenía quebraderos de cabeza ni cocido un día sí y otro no, ni apremios del casero. Todo el mundo la quería: su peluquera se hacía lenguas de ella, sus clientes alababan su cortesía y su agradable charlar sobre el tiempo y sobre las cosas de la vida. Además, la política le importaba un rábano, porque era mujer de orden y de desfiles.

A doña Frasquita le asustó el que le regalaran un loro. Poseía una idea tópica de los loros. Estaba en la creencia de que aparte de los gritos patrióticos de los tales animalejos, el lenguaje que usaban era sucio, era -según ella- de carreteros. Por eso anduvo remisa al aceptarlo, no fuera que le saliera la criada respondona y tuviera que regalar el regalo, cosa que no se debe hacer. Pero tanto insistieron, que, por no hacer un desprecio, lo aceptó. El loro pasó a ser de doña Frasquita: y doña Frasquita, que debía tener gato, pero que tenía tortuga, depositó todo su cariño vacío de solterona en él.

El loro era antillano, verde y algo purí. Sabía bastante gramática y su programa oratorio se salía de lo normal. Los primeros días se mostró correcto y se dedicó a dar la tabarra a base de chocolate y versos. Pero en cuanto tomó confianza, acaso por no pasar por una fiera desde el principio, se salió de lo trillado y empezó a vociferar en gordo.

Doña Frasquita le decía por ejemplo: El lorito ¿quiere chocolate? Y el loro le contestaba, «¡Viva Bolívar! ¡Mueran los gachupines!» Doña Frasquita, tan española, se asustaba y, como en son de disculpa por aquel desbarrar, insistía: El lorito ¿quiere galletas? Y el loro, firme en su postura, respondía: «¡Redención del negro, redención del negro!»; y luego silbaba, y luego agitaba las alas, mitineador y revolucionario.

Las tardes de los sábados y los domingos fueron un infierno. La partida, que la componían ella y cuatro solteronas más, se complicaba a ojos vistas. Todas, con los nervios de punta, gritaban de un modo terrible por cualquier nadería, mientras el loro desde su tribuna expresaba sus particulares opiniones acerca de la colonización española. Nada respetaba el bicho, y lo famoso del caso es que nunca su lenguaje se vulgarizaba con palabras malsonantes.

Sobre las siete y media caían por allí dos carcamales con aire de donjuanes viejos. Las de la timba les solían saludar cariñosamente: hola, Manolo... ¿qué tal, don Seve? Ellos, uno detrás de otro, gazmoñeaban invariablemente: «viviendo, viviendo, que no hay nada mejor.» Doña Frasquita se apresuraba de picara: calla, que ustedes... y dejaba la frase en suspenso guiñando un ojo. Luego añadía: y de chavalas... porque no me negarán... que yo sé... no me digan. Y volviendo a la partida: menda, pone el caballero del sable. Los otros asomaban la gaita a la mesa echando humo. El humo corría rasero un instante hasta que se levantaba en fiorituras. Doña Frasquita, dengosa, muequeaba: Uff, ¡qué humazo! Y los dos carcamales se reían enseñando unos dientes negros y desvencijados.

Pero aquella cordialidad desapareció por mor del loro antillano. Después de los saludos rituales nadie hablaba, puesta la atención en el juego. Don Seve quiso aventurar una gracia de las suyas y le respondieron desabridamente. Se quedó que ni de piedra porque no esperaba aquello. La misma tarde doña Frasquita riñó con su amiga Pepa, que era una mujer alta de armas tomar, un poco bisoja, un poco dada al anís, y que de joven tuvo un novio que estudiaba medicina y luego otro que pertenecía al cuerpo pericial de aduanas. Riñeron por cosa de poca monta: doña Frasquita había puesto un siete y lo retiró en seguida. Pepa se abalanzó a decirle: carta echada con el codo se levanta. La baza la ganó la dueña de la casa y la perdedora armó un catapé.

El loro silbaba como una locomotora. Gritaban todas: los carcamales, temblando, intentaban mediar. Al loro se le escapó, por primera vez en su vida, una palabrita-palabrota terminada en letra griega: luego se dedicó a funambular por una cuerda que cortaba la galería y que a doña Frasquita le servía para poner a secar, puritana y cuidadosa, su ropa interior. Mientras cruzaba aquel Niágara de voces y de gestos violentos, canturreaba el loro un himno de independencia y guerra.

Elegía a Ramón Sijé

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, a quien tanto quería)

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

5 Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

10 daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado
que por doler me duele hasta el aliento.

15 Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

20 No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

25 Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

30 No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

35 En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

40 Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

45 Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

45 Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

50 de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

55 Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

60 Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Miguel Hernández, «Elegía a Ramón Sijé», *El rayo que no cesa* (1934-1935)

- Vamos caminando entre el gentío. Nos pisan, nos empujan. Muy altas, por encima de mi cabeza, van las risotadas, las palabras de dos filos. Huele a perfume barato, a ropa recién planchada, a aguardiente añejo. En otro ángulo de la plaza alaron un tablado para el baile. Allí están las parejas, abrazadas al modo de los ladinos, mientras la marimba toca una música espesa y soñolienta. Pero este año la Comisión Organizadora de la Feria se ha lucido. Mandó traer del Centro, de la Capital, lo nunca visto: la rueda de la fortuna. Allí está, grande, resplandeciente con sus miles de focos. Mi nana y yo vamos a subir, pero la gente se ha aglomerado y tenemos que esperar nuestro turno.
- 5 Delante de nosotras va un indio. Al llegar a la taquilla pide su boleto.
- 10 -Oílo vos, este indio. Está hablando español. ¿Quién le daría permiso?
 Porque hay reglas. El español es privilegio nuestro. Y lo usamos hablando de usted a los superiores; de tú a los iguales; de vos a los indios.
- Indio embelequero, subí, subí.
 El indio recibe su boleto sin contestar.
- 15 -Andá a beber trago y dejate de babosadas.
 -¡Un indio encaramado en la rueda de la fortuna! ¡Es el Anticristo!
 Nos sientan en una especie de cuna. El hombre que maneja la máquina asegura la barra que nos protege. Se retira y echa a andar el motor. Lentamente vamos ascendiendo. Un instante nos detenemos allá arriba. ¡Comitán¹, todo entero, como una nidada de pájaro, está a nuestras
- 20 manos! Las tejas oscuras, donde el verdín de la humedad prospera. Las paredes encaladas. Las torres de piedra. Y los llanos que no se acaban nunca. Y la ciénaga. Y el viento.
- De pronto empezamos a adquirir velocidad. La rueda gira vertiginosamente. Los rostros se confunden, las imágenes se mezclan. Y entonces un grito de horror sale de los labios de la multitud que nos contempla desde abajo. Al principio no sabemos qué sucede. Luego nos damos cuenta de
- 25 que la barra del lugar donde va el indio se desprendió y él se ha precipitado hacia adelante. Pero alcanza a cogerse de la punta del palo y allí se sostiene mientras la rueda continúa girando una vuelta y otra y otra. El hombre que maneja la máquina interrumpe la corriente eléctrica, pero la rueda sigue con el impulso adquirido, y cuando, al fin, para, el indio queda arriba, colgado, sudando de fatiga y de miedo. Poco a poco, con una lentitud que a los ojos de nuestra angustia parece eterna,
- 30 el indio va bajando. Cuando está lo suficientemente cerca del suelo, salta. Su rostro es del color de la ceniza. Alguien le tiende una botella de comiteco pero él la rechaza sin gratitud.
- ¿Por qué pararon? -pregunta.
 El hombre que maneja la máquina está furioso.
- ¿Cómo por qué? Porque te caíste y te ibas a matar, indio bruto.
- 35 El indio lo mira, rechinando los dientes, ofendido.
- No me caí. Yo destrabé el palo. Me gusta más ir de ese modo.
 Una explosión de hilaridad es el eco de estas palabras.
- Mirá por dónde sale.
 -¡Qué amigo!
- 40 El indio palpa a su alrededor el desprecio y la burla. Sostiene su desafío.
- Quiero otro boleto. Voy a ir como me gusta.
- Los curiosos se divierten con el acontecimiento que se prepara. Cuchichean. Ríen cubriéndose la boca con la mano. Se hacen guiños. Mi nana atraviesa entre ellos y, a rastras, me lleva mientras yo me vuelvo a ver el sitio del que nos alejamos. Ya no logro distinguir nada.
- 45 Protesto. Ella sigue adelante, sin hacerme caso. De prisa, como si la persiguiera una jauría. Quiero preguntarle por qué. Pero la interrogación se me quiebra cuando miro sus ojos arrasados en lágrimas.

Rosario Castellanos (México), *Balún Canán*, 1957

¹ Comitán es el nombre del pueblo

Nosotros, los combates, los sustos, íbamos matándole su preciosa juventud.

Un día, no sé ni en qué momento, subimos al tren, para ir a Chihuahua, Mamá, Gloriecita yo. Aparecimos en un hospital grande, con mucha luz y muchas caras que se despedían del sol. Allí se podía morir más a gusto: nadie llora, no hay velas. Entra el brillo del sol y el aire de las montañas.
5 ¡Qué bien estaba aquello! Olía mucho, para mí era nuevo; después supe que era el olor de todos los hospitales.

Sus pasos se oyeron seguidos y ligeros. Buscó con los ojos el grupo de camas que le habían señalado. Mi hermano de trece años, el mayor de todos, que se fue a la revolución contra los carrancistas, estaba tranquilo y sin ningún remordimiento por el sufrimiento de Mamá.

10 Ella, con su niña en brazos, le preguntó a su hijo por la herida. “¿Sanaría en dos meses? En tres?” No sé cómo nos vinimos. Se descarriló el tren; muchos carros se subieron sobre la máquina, que quedó intacta, enterrada con toda la tropa debajo de lo que había sido la vía. Los carros se habían degranado.

15 ¡Terrible cosa! Mis ojos estaban acostumbrados a ver morir con plomo caliente, hecho pedacitos dentro del cuerpo. A una mujer la depositaron en sus propias enaguas y la amarraron como un bulto de ropa. A un jovencito lo pusieron cuidadosamente a un lado de la vía. No se veía un solo golpe, estaba pálido, con los ojos abiertos. Yo me pregunté por qué miraría así; parecía vivo. Le echaron un puño de tierra y se le borró la mirada.

20 Entre aquello nos guiaba ella; nosotros, los pequeños inútiles, su carga constante, íbamos siempre junto a su falda.

Un hombre con una linterna le dijo que para llegar a una estación donde pudiéramos tomar café y dormir había que pasar el puente de Ortiz; que el río venía crecido, que había peligro; que podía venir una máquina a dar auxilio; que él podía acompañar si ella se decidía a ir.

25 El puente Ortiz es largo, largo. Por debajo pasa el río Conchos, que es como un mar. El Puente no es para que pase la gente a pie. Los durmientes no están muy juntos, los pasos no deben dares en falso.

Por toda contestación, ella le puso los bultos en los hombros. Aseguraron la mecha de la linterna. Tomó a mi hermanita en sus brazos, me cogió de la mano: entramos por el puente. Ande, ande, ande... La luz de la linterna se balanceaba. Llevaba nuestra vida en su ritmo. La mechita de petróleo se alargaba. El hombre iba en su trabajo, pero su vida era su vida y también se la estaba jugando. Nuestros pies, nuestros ojos, el equilibrio, el corazón, se balanceaban en el abismo. Ahora sé lo grande que era el poder de su falda y el poder de sus manos.

30 Íbamos a llegar. Allí había casas, tomaríamos café, olvidaríamos los ojos borrados con tierra y la mujer en sus enaguas. ¿Cuánto tiempo estuvimos pasando aquel puente? Fue un siglo de terror hecho nudo en el corazón. El café bajó por nuestros cuerpos y bañó nuestros pies, reprochándonos su miedo. La voz de ella cortó mis insignificantes meditaciones egoístas. “Mi hijo llegará el miércoles – dijo con entonación de tristeza-, la vida estará reparada. Sí, pasará bien...” “Las bendiciones de su madre le han de alcanzar”, exclamó, dirigiendo una mirada a los largos rieles por donde habíamos conquistado la vida. Ella ignoraba esto; sólo conocía su gran cariño por el soldado
40 que se quedó en el hospital sostenido por el amor con que ella lo arropó.

¿El puente? ¿Mi miedo? No le daba importancia. Sólo dijo: “Hay que hacer aprisa las cosas. Así no se siente temor.”

Nellie Campobello, *Las manos de mamá*, 1937

Todos los días, a las seis de la tarde, llegaba el tren de México. Esperábamos los periódicos con las noticias de la ciudad como si de ellas pudiera surgir el milagro que rompiera el hechizo quieto en el que habíamos caído. Pero sólo veíamos las fotografías de los ajusticiados. Era el tiempo de los fusilamientos. Entonces creíamos que nada iba a salvarnos. Los paredones, los tiros de gracia, las reatas de colgar surgían en todo el país. Esta multiplicación de horrores nos dejaba reducidos al polvo o y al calor hasta las seis de la tarde del día siguiente. A veces el tren no llegaba en varios días y corría la voz «¡Ahora si ya vienen!». Pero al otro día el tren llegaba con sus noticias y la noche caía irremediable sobre mí.

Desde su cama doña Ana oyó los rumores de la noche y se sintió asfixiada por el tiempo quieto que vigilaba las puertas y las ventanas de su casa. La voz de su hijo le llegó: «Yo no quepo en este cuerpo». Recordó la turbulencia de su propia infancia en el Norte. Su casa de puertas de caoba que se abrían y cerraban para dar paso a sus hermanos; sus nombres sonoros y salvajes que se repetían en las habitaciones altas, donde en invierno flotaba un olor a madera quemada. Vio la nieve acumularse en el alfeizar de las ventanas y oyó la música de las polkas en el vestíbulo donde circulaba un aire frío.

Los gatos monteses bajaban de la sierra y los criados salían a cazarlos, en medio de risas y tragos de «sotol». En la cocina asaban carnes y repartían piñones y el ruido de las voces inundaba la casa de palabras estridentes. La premonición de una alegría desbarataba uno a uno los días petrificados. La Revolución estalló una mañana y las puertas del tiempo se abrieron para nosotros. En ese instante de esplendor sus hermanos se fueron a la Sierra de Chihuahua y más tarde entraron ruidosos en su casa, con botas y sombreros militares. Venían seguidos de oficiales y en la calle los soldados cantaban *La Adelita*.

*Que si Adelita se fuera con otro
la seguiría por tierra y por mar,
si por mar en un buque de guerra
si por tierra en un tren militar...*

Antes de cumplir los veinticinco años sus hermanos se fueron muriendo uno después de otro, en Chihuahua, en Torreón, en Zacatecas; y a Francisca, su madre, sólo le quedaron sus retratos y ella y sus hermanas enlutadas. Después, las batallas ganadas por la Revolución se deshicieron entre las manos traidoras de Carranza y vinieron los asesinos a disputarse las ganancias, jugando al dominó en los burdeles abiertos por ellos. Un silencio sombrío se extendió del Norte al Sur y el tiempo se volvió otra vez de piedra. «¡Ah, si pudiéramos cantar otra vez *La Adelita*!», se dijo la señora, y le dio gusto que hubieran volado el tren de México. «Esas cosas dan ganas de vivir». Quizá aún podía suceder el milagro que cambiara la suerte de sangre que pesaba sobre nosotros.

Elena Garro (México), *Los recuerdos del porvenir*, 1963

Fray Servando Teresa de Mier, célebre personaje histórico vivió a caballo de los siglos XVIII y XIX. A causa de sus poco ortodoxas ideas, este fraile mexicano sufrió numerosas persecuciones.

—¡Al fin llegas! —dijeron las ratas.

Y la voz fue multiplicándose por todo el convento que era una prisión. Al fin llegas, dijeron las voces. Y, de pronto, no fue más que un gran correr de ratas que lo abrazaban y lo tomaban de la mano.

5 —Este es tu calabozo —dijeron las ratas.

Este es tu calabozo. Y ahora las voces sonaban como distantes. Como si todo no fuera más que un sueño. Y ahora las voces volvían a retumbar rompiendo tímpanos y rajando paredes que al momento se cerraban, sin darle tiempo al fraile para que pudiese escapar.

—¡Al fin llegas! ¡Al fin llegas! —dijeron.

10 Al fin llegas. Y entonces, de entre el barullo de animales hambrientos, salió Francisco Antonio de León con un cuchillo entre los dientes y aplaudiendo.

—Estás en mis manos —dijo el terrible covachuelo.

—Estás en mis manos —repitió ahora el temible León con un gran rugido, y moviendo la cola se le acercó y le dio un golpe con ella en la cara. El fraile levantó las manos, no para pedir clemencia,

15 sino para protegerse del hedor de las ratas y quitarse del rostro pelos de la cola que el golpe le había pegado en la piel. Seguido por el tropel de las ratas avanzó León, llevando consigo al fraile; subieron escaleras que no parecían terminar, y al fin depositaron al condenado en la celda más alta y más estrecha, peor que la señalada por las ratas. Tan alta era la celda, que el fraile miró por la ventana enrejada, que casi llegaba al techo, y sólo pudo ver un abismo. León, rodeado por las ratas, se tiró
20 de rodillas y dijo: «En nombre de la gran piedad de Su Ilustrísima, el Arzobispo de Haro y Peralta, solamente permanecerás aquí durante diez años». El fraile, comprendiendo su situación, protestó y pidió justicia. Entonces las ratas soltaron una carcajada tan contagiosa que el fraile se echó a reír. Y muerto de risa empezó a caminar por la celda, a ir y venir de una zancada.

—Aquí te dejo» —dijo León, y el fraile tuvo miedo de quedarse solo con aquellos animales.

25 —Cuando cumplas la sentencia podrás protestar.

Y salió muy despacio cerrando por fuera la puerta. El fraile miró al techo que podía tocar con estirar las manos: dos o tres hormigas locas cruzaban por él.

—Si se quedaran— dijo el fraile. Entonces las ratas se colocaron en orden en una esquina de la celda. Estaban allí en filas de mayor a menor y era tanta el hambre que padecían que casi todas se
30 habían comido ellas mismas la cola. Las hormigas, asustadas por los chillidos, salieron huyendo.

—También de aquí tengo que huir— dijo el fraile.

Junto a tu cuerpo

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
Junto a tus hombros tersos de que nacen las rutas de tu abrazo,
De que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,
Sentí de pronto el infinito vacío de su ausencia.
Si todos estos años que me falta
Como una planta trepadora que se coge del viento
He sentido que llega o que regresa en cada contacto
Y ávidamente rasgo todos los días un mensaje que nada contiene sino una fecha
Y su nombre se agranda y vibra cada vez más profundamente
Porque su voz no era más que para mi oído,
Porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos
Y mi alma es como un gran templo deshabitado.
Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
Forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
Suave de mi tersura, grande por mis deseos,
Máscara
Estatua que he erigido a su memoria.

Salvador Novo (México), *Nuevo amor*, 1933

Dos patrias

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
su majestad el sol, con largos velos
y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
que en la mano le tiembla! Está vacío
mi pecho, destrozado está y vacío
en donde estaba el corazón. Ya es hora
de empezar a morir. La noche es buena
para decir adiós. La luz estorba
y la palabra humana. El universo
habla mejor que el hombre.
Cual bandera
que invita a batallar, la llama roja
de la vela flamea. Las ventanas
abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
las hojas del clavel, como una nube
que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

José Martí (Cuba), *Flores del destierro*, 1880

Crisálidas

Cuando enferma la niña todavía
salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso,
la vecina montaña,
trajo entre un ramo de silvestres flores
oculta una crisálida,
que en su aposento colocó, muy cerca
de la camita blanca.

Unos días después, en el momento
en que ella expiraba,
y todos la veían, con los ojos
nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos
leve rumor de álas
y vimos escapar, tender el vuelo
por la antigua ventana
que da sobre el jardín, una pequeña
mariposa dorada...

La prisión, ya vacía, del insecto
busqué con vista rápida;
al verla vi de la difunta niña
la frente mustia y pálida,
Y pensé ¿sí al dejar su cárcel triste
la mariposa alada,
la luz encuentra y el espacio inmenso,
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?...

José Asunción Silva (Colombia), *El libro de versos* (1891-1896)

Ajedrez

I

En su grave rincón, los jugadores
rigen las lentas piezas. El tablero
los demora hasta el alba en su severo
ámbito en que se odian dos colores.

Adentro irradian mágicos rigores
las formas: torre homérica, ligero
caballo, armada reina, rey postrero,
oblicuo alfil y peones agresores.

Cuando los jugadores se hayan ido,
cuando el tiempo los haya consumido,
ciertamente no habrá cesado el rito.

En el Oriente se encendió esta guerra
cuyo anfiteatro es hoy toda la tierra.
Como el otro, este juego es infinito.

II

Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada
reina, torre directa y peón ladino
sobre lo negro y blanco del camino
buscan y libran su batalla armada.

No saben que la mano señalada
del jugador gobierna su destino,
no saben que un rigor adamantino
sujeta su albedrío y su jornada.

También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y de blancos días.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

Jorge Luis Borges (Argentina), *El hacedor*, 1960

En el rincón aquel, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La caja de los novios difuntos
fue sacada, o talvez qué habrá pasado.

Has venido temprano a otros asuntos,
y ya no estás. Es el rincón
donde a tu lado, leí una noche,
entre tus tiernos puntos,
un cuento de Daudet. Es el rincón
amado. No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días
de verano idos, tu entrar y salir,
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...
Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra

César Vallejo (Perú), *Trilce*, 1922

No hayas temor

Leopoldo Sedar Senghor, Senegal

No temas amada si a veces mi canción se vuelve demasiado sombría,
si cambio el lírico laúd por el jalam o la tama
y el verde aroma de los arrozales por el galopante rugir
de los tambores guerreros.

Oigo las amenazas de las antiguas deidades, el furioso cañoneo del dios.
Quizás mañana la vehemente voz de tu bardo haya enmudecido para siempre :
por eso mi ritmo se vuelve apresurado, y mis dedos sangran en las cuerdas del jalam.

Quizás, amada, deberé caer mañana sobre esta tierra sin sosiego.
Caeré lamentando el hundimiento de tus ojos y el oscuro tam-tam
de los morteros en la lejanía.

Y tú llorarás en el atardecer :
llorarás por la apasionada voz que cantaba a tu belleza negra.

Gastón Baquero (Cuba), *Poemas africanos*, 1974

(SALAS sale por la derecha. NAVARRO dirige una mirada circular a la pieza y una sonrisa burlona aparece en sus labios cuando mira el cartel. Se acerca a él sonriendo, se detiene, alza la mano y da un papirotazo al retrato. Se oyen pasos en la escalera. NAVARRO se vuelve y aguarda. Un momento después aparecen CÉSAR RUBIO y ESTRELLA por la izquierda. Los dos antagonistas se encuentran al centro, frente a frente. Se miden con burla silenciosa. CÉSAR es el primero que habla.)

5 CÉSAR.—¿Qué hay, Navarro?

NAVARRO.—¿Qué hay, César?

CÉSAR.—Déjenos solos, licenciado. Nos vamos dentro de unos minutos. *(NAVARRO ríe entre dientes. ESTRELLA sale después de verlos. Cuando quedan solos, habla CÉSAR.)* ¿No te sientas?

10 NAVARRO.—¿Por qué no? *(Se dirige al sofá de tule. CÉSAR lo sigue. Se sientan.)*

CÉSAR.—¿De qué se trata, pues?

NAVARRO.—Perdóname; no me deja hablar la risa.

CÉSAR.—*(Altivamente.)* ¿Cómo?

15 NAVARRO.—Te viene grande la figura de César Rubio, hombre. No sé cómo has tenido el descaro.... el valor de meterte en esta farsa.

CÉSAR.—¿Qué quieres decir?

NAVARRO.—Te llamas César y te apellidas Rubio, pero eso es todo lo que tienes del general. No te acuerdas de que te conocí desde niño.

CÉSAR.—Hasta los viejos del pueblo me han reconocido.

20 NAVARRO.—Claro. Se acuerdan de tu cara, y cuando tienen que nombrarte no tienen más remedio que decir César Rubio. ¡Bah! Ahorremos palabras. A mí no me engañas.

CÉSAR.—*(Con desprecio.)* ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

NAVARRO.—También quiero decirte que no seas tonto, que te retires de esto. *(CÉSAR no contesta.)* Te puedes arrepentir muy tarde. *(Silencio de CÉSAR.)* Tú no conoces la política, César.

25 Esto no es la Universidad de México. Aquí rompemos algo más que vidrios y quemamos algo más que cohetes.

CÉSAR.—¿Qué te propones?

NAVARRO.—Te voy a denunciar en los plebiscitos. Cuando vean que no eres más que un farsante, que estás copiando los gestos de un muerto...

30 CÉSAR.— ¡Imbécil! No puedes luchar contra una creencia general. Para todo el Norte soy César Rubio. Mira ese retrato, por ejemplo: se parece a mí y se parece al otro; fíjate bien. ¿No recuerdas?

NAVARRO.—Te denunciaré de todas maneras.

CÉSAR.—¿Por qué no te atreves a mirar el retrato? Anda y denúnciame. Anda y cuéntale al indio que la Virgen de Guadalupe es una invención de la política española. Verás qué te dice. Soy el único

35 César Rubio porque la gente lo quiere, lo cree así.

NAVARRO.—Eres un impostor barato. Se te ha ocurrido lo más absurdo. Aquí podías presumir de sabio sin que nadie te topara el gallo, ¡y te pones a presumir de general!

CÉSAR.—Igual que tú.

NAVARRO.—¿Qué dices?

40 CÉSAR.—Digo: igual que tú. Eres tan poco general como yo o como cualquiera.

(MIGUEL entra apenas en este momento sin que se le haya sentido bajar. Al oír las voces se detiene, retrocede y desaparece sin ser visto, pero desde este momento asomará incidentalmente la cabeza varias veces.)

¿De dónde eres general tú? César Rubio te hizo teniente porque sabías robar caballos; pero eso solo. El viejo caudillo, ya sabes cuál, te hizo divisionario porque ayudaste a matar a todos los católicos que aprehendían. No solo eso...; le conseguiste mujeres. Esa es tu hoja de servicios.

45 NAVARRO.—*(Pálido de rabia.)* Te estás metiendo con cosas que...

CÉSAR.—¿No es cierto? Todas las noches te tomabas una botella entera de coñac para poder matar personalmente a los detenidos en la inspección. Y si nada más hubiera sido coñac...

NAVARRO.— ¡Ten cuidado!

50 CÉSAR.—¿De qué? Puede que yo no sea el gran César Rubio. Pero ¿quién eres tú? ¿Quién es cada uno en México? Dondequiera encuentras impostores, impersonadores, simuladores; asesinos

55 disfrazados de héroes, burgueses disfrazados de líderes, ladrones disfrazados de diputados, ministros disfrazados de sabios, caciques disfrazados de demócratas, charlatanes disfrazados de licenciados, demagogos disfrazados de hombres. ¿Quién les pide cuentas? Todos son unos gesticuladores hipócritas.

Rodolfo Usigli (México), *El gesticulador*, 1938

Aparecen lentamente SAVERIO, LUISA y PEDRO, después JUAN

LUISA. -¡Parte el corazón escucharla! ¡Qué talento extraviado! Y tan ciertamente que se cree en el bosque.

Se sientan alrededor de la mesa.

5 PEDRO. -Locura razonable, señorita Luisa.

SAVERIO. -Si me lo contaran no lo creyera. (*Mirándolos de hito en hito.*) Juro que no lo creyera.

(*Ingenuamente a PEDRO.*) Dígame, doctor, ¿y ese señor que hace el papel de pastor desconocido ... el Conde ... también está loco?

10 PEDRO. -No; es un primo de Susana. Se presta a seguirla en la farsa, porque estamos estudiando el procedimiento adecuado para curarla.

SAVERIO. -¡Ah! Por cierto que se necesita ingenio...

LUISA. -Claro ... imagínese ... seguir las divagaciones de una mente enferma.

SAVERIO. -Espantaría al más curado de asombros. (*Pensativamente.*) Y parece que quiere cortarle la cabeza al Coronel de verdad.

15 LUISA. - Estoy inquieta por ver a Susana.

PEDRO. -No es conveniente, Luisa. La acompaña Juan y su presencia la tranquiliza.

SAVERIO. -¿Y tendrá remedio esta locura, doctor?

PEDRO. -Es aventurado anticipar afirmaciones. Yo tengo un proyecto. A veces da resultado. Consiste en rodear a Susana del reino que ella cree perdido.

20 SAVERIO. -Eso es imposible.

LUISA. No, porque organizaremos una corte de opereta. Contamos ya con varias amigas de Susana que han prometido ayudarnos.

Entra JUAN enjugándose la frente con un pañuelo.

JUAN. -¿Qué tal estuve en mi papel?

25 LUISA (*a coro*). -Muy bien.

JUAN (*mirando a SAVERIO*). -El señor ...

LUISA. -Te presento al señor Saverio, nuestro proveedor de manteca ...

SAVERIO. -Tanto gusto ...

JUAN. -El gusto es mío... (*Sentándose, a LUISA.*) ¿Así que estuve bien?

30 PEDRO. -Por momentos, vacilante ... Ahora, Juan, lo que necesitamos es encontrar la persona que encarne el papel de Coronel ...

SAVERIO. -¿Y cuál es el objeto de la farsa, doctor?

35 PEDRO. -En breves términos: la obsesión de Susana circula permanentemente en torno de una cabeza cortada. La cabeza cortada es el leitmotiv de sus disquisiciones. Pues bien, nosotros hemos pensado en organizar una comedia con habilidad tal, que Susana asistirá a la escena en que Juan le corta la cabeza al Coronel. Estoy seguro que la impresión que a la enferma le producirá ese suceso terrorífico, la curará de su delirio.

SAVERIO. -Pero ¿quién se va a dejar cortar la cabeza para curar a Susana?

PEDRO. -La cabeza cortada me la procuraré yo en la morgue de algún hospital ...

40 SAVERIO. -Diablos ... eso es macabro ...

JUAN. -No ... no ... Además es antihigiénico. Uno ignora de que habrá muerto el individuo con cuya cabeza anda a la greña ...

SAVERIO. -Además que si la familia se entera y quiere venir a reclamar la cabeza del muerto, puede armarse un lío...

45 PEDRO. -También podemos presentarle una cabeza de cera goteando anilina.

LUISA. -Eso, doctor ... una cabeza de cera ...

PEDRO. -Yo, como médico, soy realista y preferiría una cabeza humana auténtica, pero... en fin... pasaremos por la de cera.

SAVERIO. -¿No han averiguado de qué proviene su locura?

50 PEDRO. -Probablemente ... exceso de lecturas ... una gran anemia cerebral ...

SAVERIO. -¿Menstrua correctamente?

- PEDRO (*serio*). - Creo que sí. (LUISA *se tapa la boca con el pañuelo*.)
- SAVERIO. -Si ustedes me permiten y aunque no sea discreto opinar en presencia de un facultativo, creo que nada reconstituye mejor a los organismos debilitados, que una alimentación
- 55 racional a base de manteca.
- PEDRO. -La señorita Susana no está debilitada ... está loca.
- SAVERIO. -La manteca también es eficaz para el cerebro, doctor. Gravísimas enfermedades provienen de alimentarse con manteca adulterada.
- JUAN. -Se trata de otras dolencias, Saverio.
- 60 SAVERIO (*enfático*).-La manteca fortalece el sistema nervioso, pone elásticas las carnes, aliviana las digestiones...
- PEDRO. - No dudamos de las virtudes de la manteca, pero ...
- SAVERIO (*imperturbable*). - La civilización de un país se controla por el consumo de la manteca.
- LUISA. -Es que ...
- 65 JUAN. -Haga el favor, apártese de la manteca, Saverio. Nosotros queremos saber si puede prestarnos el servicio, pagándole, por supuesto, de desempeñar el papel de Coronel en nuestra farsa.
- SAVERIO (*asombrado*). -Yo de Coronel ... soy antimilitarista.
- PEDRO. - Usted sería coronel de comedia... nada más ...
- 70 SAVERIO. -¿Y para qué la comedia? ¿No es ésta una magnífica oportunidad para ensayar un tratamiento superalimenticio a base de manteca? Podría proveerles toneladas. Manteca químicamente pura. Índice muy bajo de suero.

Roberto Arlt (Argentina), *Saverio el cruel*, 1936

- 1 Caminó toda la tarde. El calor lo aplanaba todo. El estrépito innecesario en que la ciudad se complacía se intensificaba a medida que el sol – invisible todo el día pero implacable-comenzaba a descender. Molesta por el intenso resplandor, la multitud de hombres y vehículos elevaba el diapasón y sólo conseguía irritarse más.
- 5 Bruscamente relampagueó y el cielo comenzó a oscurecerse, casi sin transición. La luz cedió un poco, pero el calor aumentó y el aire se hizo más espeso. Seres humanos, vehículos y truenos competían ahora entre sí para producir ruidos. La atmósfera estaba pegajosa.
-Quizás llueva, pensó, ojalá.
Cuando llegó a una bocacalle miró hacia el Sur. Una nube negra había cubierto gran parte de
- 10 la ciudad y avanzaba lentamente, entre truenos.
Se detuvo en plena acera, anticipando el alivio inminente de la lluvia, la humedad, la frescura.
-Va a llover, dijo en voz alta.
La calle adquirió un tono oscuro, un gris plomizo muy cercano al negro. El viento se agitó y arrastró nubes de polvo sobre el asfalto. La nube estaba ahora sobre su cabeza.
- 15 -Menos mal, va a llover, comentó con un hombre que pasaba. Menos mal.
El hombre lo miró y siguió de largo.
Mucho rato, parado en la acera, esperó la lluvia, pensando atravesar la ciudad a pie, lentamente, dejándose empapar.
Pero el viento cesó y poco a poco el cielo comenzó a despejarse, aunque no aclaró del todo.
- 20 Sobre la ciudad quedó colgando la misma nube espesa, de un resplandor lívido.
Caminó al azar. Luego, entre mil gestos posibles hizo el que menos dificultad ofrecía: echó una moneda en un teléfono y esperó.

La abrazó bajo los árboles, en un recodo que hacía la avenida, detrás del monumento donde eran menos visibles. Volvió a ver el hombro desnudo y tibio.

- 25 Más allá del monumento, donde el terreno se hundía abruptamente, habían hendido una loma para dar paso a la avenida, que ahora avanzaba entre dos altos muros de tierra caliza, de un blanco amarillento. En algún lugar había leído que las largas vetas de muchos tonos de blanco y amarillo eran margas¹ de eoceno inferior.
Pensó, sintiendo el cuerpo de ella apretarse temblando contra el suyo, que quizás un geólogo, al hendir el polvo con su pico miles de años después, destrozaría su sexo, ahora erecto.
- 30 La idea primera lo entristeció pero después lo exaltó. Mientras este planeta que vagaba en el espacio sin objeto aparente no estallara, quedaría incrustado para siempre en alguna marga. Y aun si el planeta estallaba, convertido en partículas de polvo él seguiría flotando en el vacío.
Comprendió que era eterno.

Calvert Casey (Cuba), "En la avenida", *Notas de un simulador*, 1969

1) Marga: roca más o menos dura, de color gris.

- 1 “Anfiteatro” llaman así a la morgue y no hay taxista en Medellín ni cristiano que no sepa dónde está porque aquí los vivos sabemos muy bien adónde tenemos que ir a buscar los muertos. Está saliendo de la ciudad, donde empieza la Autopista Norte, frente a una terminal de buses.
- 5 Un gentío se agolpaba afuera de la valla de alambre de gallinero que cercaba el lote esperando entrar. Yo pasé ante los guardias de la caseta de entrada sin mirar, volviéndome a mi esencia, a lo que soy, el hombre invisible. Seguí a una antesala. Por sobre el llanto de los vivos y el silencio de los muertos, un tecleo obstinado de máquinas de escribir: era Colombia la oficiosa en su frenesí burocrático, su papeleo, su expedienteo, levantado actas de necropsias, de
- 10 entradas y salidas, solícita, aplicada, diligente, con su alma irredenta de cagatintas. Mis ojos de hombre invisible se posaron sobre las “Observaciones” de una de esas actas de levantamiento de cadáver, que habían dejado sobre un escritorio: “Al parecer fue por robarle los tenis – decía-, pero de los hechos y de los autores nada se conoce”. Y pasaba a hablar de las heridas de la vena cava y paro cardiorespiratorio tras el shock hipovolémico causado por
- 15 la herida de arma cortopunzante. El lenguaje me encantó. La precisión de los términos, la convicción del estilo... Los mejores escritores de Colombia son los jueces y los secretarios de juzgado y no hay mejor novela que un sumario.
- Al que iban dejando entrar de la calle le mostraban un álbum de fotografías en color acabadas de tomar y revelar de los muertos calienticos: primeros planos como de Hollywood, close-
- 20 ups. Si alguna se parecía al desaparecido vivo, entonces podían pasar por la siguiente puerta, a la siguiente sala, a reconocer al aparecido muerto. El hombre invisible pasó. Era una sala alta, espaciosa, la de necropsias, con unas treinta mesas de disección ocupadas todas por los del último turno. Todas, todas, todas y todos hombres y casi todos eran jóvenes. Es decir, fueron. Ahora eran cadáveres, materia inerte. Desnudos, rajados en canal como reses, les habían
- 25 extraído las vísceras para analizarlas y no les habían dejado nada de sustancia qué comer a los gusanos. El hombre invisible se enteró de que todos esos corazones, hígados, riñones, pulmones, tripas irían a una fosa común. Lo que aquí dejaban, para reconocimiento y consuelo de los deudos y estímulo a nuestra industria funeraria, era el casco del que fue, cosidos el pecho y el vientre en cremallera, con unas puntadas burdas, chambonas. Algunos
- 30 tenían a sus pies el acta correspondiente de levantamiento del cadáver, pero no todos: Colombia nunca ha sido muy regular en sus cosas; es más bien irregular, imprevisible, impredecible, inconsecuente, desordenada, antimetódica, alocada, loca... El hombre invisible les fue pasando revista a los muertos. Tres cosas en especial le llamaron la atención de esos cuerpos desnudos sin corazón que pudiera volver a sentir el odio: la cabeza vaciada de sesos y
- 35 rencores; el sexo inútil, estúpido, impúdico, incapaz de volver a engendrar, hacer el mal; y los pies que ya no llevarían a nadie a ninguna parte. Entonces reparó que sobre los pies de uno de esos cadáveres había otro, pequeñito, orientado en sentido vertical como los brazos de una cruz: el de un bebé recién nacido y recién rajado. Por un instante el hombre invisible pensó que el cadáver de la persona adulta era el de una mujer, la mamá, a la que le habían hecho la
- 40 cesárea puesto que también tenía el vientre rajado. Pero no, era un hombre, otro más, y le habían puesto encima el cuerpecito del niño porque simplemente no tenían mesa vacía para acomodarlo. El hombre invisible recordó esas combinaciones de objetos mágicas, insólitas con que soñaban los surrealistas, como por ejemplo un paraguas sobre una mesa de disección. ¡Surrealistas estúpidos! Pasaron por este mundo castos y puros sin entender nada de nada, ni
- 45 de la vida ni del surrealismo. El pobre surrealismo se estrella en añicos contra la realidad de Colombia.